

COLECCIÓN RELATOS HOMOERÓTICOS

Capítulos 3 y 4

**LOS TRES HOMBRES
DE LA CASA**

Bastian Baltux



Avance:

LOS TRES HOMBRES DE LA CASA, Capítulos 3 y 4
BASTIAN BALTUX

**Registrada en Creative Commons con el código
2204160932692**

Foto de portada: Imagen de Мария Ткачук en Pixabay. La portada ha sido diseñada usando imágenes de Pixabay.

AVISO

Este relato contiene: sexo intergeneracional, incesto, un adolescente con las hormonas alborotadas y, al menos, un plátano.

Los relatos son totalmente ficticios.

<https://allmylinks.com/bastian-baltux>

3 AVANCE

Todo transcurrió con normalidad hasta el tercer viernes, cuando volvimos a ser la familia sexual que somos.

Cenamos los tres en la mesa de la cocina. Cuando acabé, fui al baño a lavarme los dientes. En el armarito estaba el hueco vacío del masturbador. ¡Qué buenos recuerdos...! Mi padre lo había guardado en un cajón de mi mesita de noche para que Aarón no lo viera.

Terminé de asearme y me fui a mi habitación a escuchar música antes de dormir. Ellos se quedaron en la cocina, charlando.

Como suele pasar, tuve ese momento fastidioso en el que te entran ganas de mear justo cuando empiezas a coger el sueño. Miré el móvil. Doce y

veinte de la noche.

Me levanté con la intención de ir al baño. En el pasillo, el reflejo de la luz de la cocina llamó mi atención. Cuando me acosté, ellos también habían acabado de cenar. ¿Aún seguían de tertulia?

Intrigado, me acerqué a la puerta de la cocina, que estaba entreabierta. Por alguna razón, que achaco al instinto y a haber visto cierta cantidad de porno, no encendí la luz del pasillo. Me acerqué, camuflado en la oscuridad.

Como había supuesto, en la cocina seguían ambos.

Aarón, sentado en la pequeña silla que acompaña a la mesita de la cocina, donde seguían los platos sucios de la cena, estaba con el torso al aire. Vi su redondo hombro moreno adornado con un tatu tribal, y una tetilla fofa con un pezón grande, como un fresón, atravesado por un piercing de metal.

—Bueno —le estaba diciendo—, vamos a ver si lo que el abu me ha dicho de ti es cierto.

Aarón separó la silla de la mesa de la cocina y pude ver que no estaba desnudo del todo. Iba con un bóxer negro, de esos que cierran la bragueta con un botoncito, cuya tela arrugada le cubría sus partes. Sus piernotas, recogidas, eran gruesas y cruzaba los pies, sus pedazo de pies, uno sobre el otro. Se veía tan varonil como un lanzador de disco.

Justo frente a sus piernas, arrodillado en el suelo, estaba Rodrigo. Papá... Bueno, ya te comenté que era una especie de abu venido a menos, subdesarrollado, con su calvicie, su vello tieso sobre la piel del pecho y su prominente barriga. Si alguna vez había tenido algo de sexy, los años se lo habían atrofiado.

Miré por el quicio de la puerta con curiosidad. Descubrí que en sus manos sujetaba el racimo de plátanos que había comprado esa misma mañana

en la frutería del morito, junto al Mercadona. También que estaba desnudo, a excepción de unos suspensorios amarillentos que le quedaban grandes.

Luego me enteré de que a mi padre, esa sensación humillante de verse incapaz de rellenar el suspensorio, le excita. Eso fue después.

Ahora, mi primo estaba flexionando los brazos y marcando bíceps frente a él. Bajo la luz de la cocina, su piel brillaba con un bronceado dorado oscuro, aunque las palmas de las manos eran ligeramente más claras.

—Mírame —le dijo—. Mira qué ejemplar de macho te ha caído del cielo. ¿Vas a estar a la altura?

—Seguro que sí —respondió mi padre.

—No me lo cuentes. Coge uno y demuéstalo.

Me sorprendió pillarlos en faena. Desde su incorporación a nuestras vidas, no había detectado indirectas o juegos morbosos entre ellos. Como

investigador, se confirma que no tengo precio.

Llegados a este punto, lo más probable es que no pasara nada si entraba. Quizás acabaría, como cuando el abu estaba con nosotros: follándome a mi padre. O pajeándome en su cara. Y Aarón me acompañaría, claro. Viendo la actitud sumisa de Rodrigo, arrodillado en el suelo de la cocina, con los plátanos en la mano, mi primo no necesitaba justificar nada. No iba a ser una cortada de bola que yo abriera la puerta, descamisado como iba, en chanclas y con la chorra por fuera del pijama, y entrara a participar.

Pero no lo hice. No les interrumpí. Me intrigaba mucho saber qué se le había pasado a mi primo por su cabeza.

Así que me quedé espiando, agazapado en la oscuridad del pasillo.

Mi primo flexionó los brazos varias veces, ordenándole que mantuviera el contacto visual.

Luego, estiró la espalda y se llevó las manos tras la cabeza. Me pareció entrever que hacía un gesto con las cejas y que papá asentía. Fuera lo que fuera lo que iban a hacer, parecía estar ya convenido.

Me toqué la polla. Tenía el capullo húmedo porque me estaba meando, pero, ¿cómo me iba a perder esto?, ¿cómo avisarles de que pararan, aunque fuera solo dos minutos, sin cortar el flujo de energía, la conexión erótica que parecía estarlos envolviendo? Si alguna duda tenía de que no debía perderme el espectáculo mientras aguantara mi vejiga, ésta se disipó cuando vi a mi padre dando vueltas al racimo de plátanos, elegir uno y, de un tirón, arrancarlo de los demás.

Era un plátano curvo, ancho, con algunas pintas negras en la cáscara, como de un palmo de largo.

El resto del racimo lo dejó sobre la mesita, junto a los platos.

Empezaba a hacerme una idea de por dónde

iban a ir las cosas, aunque no acerté del todo.

Aarón se desabrochó el botoncito del bóxer. Acto seguido, extendió una mano para que Rodrigo, solícito, le entregara el plátano como un perrito entrega al amo su juguete favorito. Lo observó, como si le diera el visto bueno. Luego, metió uno de los extremos por dentro de la bragueta abierta del bóxer, y volvió a llevarse las manos a la nuca. El plátano parecía su polla erguida.

Mi padre, de rodillas, se inclinó hacia él hasta que su cara quedó a pocos centímetros de la fruta. Separó los labios y, con la punta de la lengua, lamió la dura piel moteada de la base, junto a la bragueta.

—Mírame —ordenó Aarón.

Rodrigo levantó la mirada. Me pareció que se sonrojaba. Quizá su cuerpo se estaba calentando, o quizá era la vergüenza de verse sometido a un chaval más de veinte años menor. El caso es que se le puso la cara como una cesta de tomates.

Llevó la punta de la lengua por la moteada piel hacia arriba, hacia el pedúnculo duro que lo había mantenido unido a su racimo hasta que él lo había quebrado. Mi primo, con sus manos en la nuca, marcando bíceps, levantó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Continúa —dijo.

Su expresión era de estar disfrutando, y eso me rayó. No le estaban lamiendo la polla, sino un puto plátano. Pero sus gestos de placer parecían tan reales que me hicieron dudar. ¿Era un experto fingiendo? ¿O podía haber alguna forma de transmisión, de sugestión para el cerebro, que le hiciera sentir de verdad el placer de la mamada?

A lo mejor no era tanto. A lo mejor el placer se lo causaba el estar humillando a mi padre, obligándolo a vestir de manera ridícula y a lamer una fruta porque le negaba su rabo, que era, en realidad, lo que él ansiaba.

No estoy seguro. Yo, que los vi, te digo que mi padre disfrutaba con su lengua sobre ese plátano gordo y largo que mi primo se había puesto entre las piernas, a modo de polla; le daba lamidas lentas y cuidadosas, como si el plátano fuera sensible a ellas.

Entonces, Aarón le agarró por los pocos pelos que le quedaban en la coronilla y le hizo detenerse. Rodrigo tenía los labios encarnados, brillantes de saliva.

—Por el momento, no vas tan mal —dijo.

—Dámela, por favor —suplicó mi padre, arrodillado, con voz aguda—, la deseo tanto...

—¿Que te dé mi polla? No te la has ganado todavía, mamón.

—Chupar esta mierda no es lo mismo —se quejó.

—¿Te crees que con pedirla es suficiente? —dijo, y le soltó una suave bofetada en la mejilla—. Si es

tu placer lo que buscas, Rodrigo, vas muy desencaminado. Anda, deja de lloriquear y métetelo en la boca, a ver qué sabes hacer.

Con la mano dentro de mi pijama, me sobé la zona dura tras los testículos, sin llegar tocar mi ano. Me encanta ese gustito ahí. El pis había perdido urgencia.

Aarón le soltó la cabeza y estiró las piernas, obligando a papá a echarse a un lado. Calculé que, del plátano, debían de estar visibles unas dos terceras partes, aproximadamente. Unos doce o quince centímetros, más o menos, de amarilla curvatura sobre sus gayumbos negros.

—Por favor —insistió Rodrigo—, es una tortura tener tu polla tan cerca y no poder chupártela...

Mi primo le agarró la cara del mentón, arrugándole las mejillas con sus dedos gruesos.

—No —dijo, tajante—, aunque ver cómo suplicas me la pone dura.

—Sí es que la veo, te está palpitando bajo de la tela... ¡Y me llega toda su fragancia!

—¿Fragancia? —se burló—. Anda, mamón, cállate y descapúllamelo.

Le mantuvo la cara agarrada unos segundos más, mientras se miraban a los ojos. Creí que le iba a escupir. Yo lo hubiera hecho.

Cuando le soltó, Rodrigo asintió, en un gesto de acatamiento. Le vi humedecerse los labios con la lengua antes de sujetar, con una mano, el plátano por la base, y, con la otra, agarrar el pedúnculo de la punta superior y tirar fuerte de él. La piel moteada se curvó y agrietó por los lados, pero no se rompió.

Sin soltar la base del fruto, forcejeó con el pedúnculo, moviéndolo en círculos.

—Déjalo —le regañó Aarón, con el ceño fruncido—, ya lo hago yo.

Rodrigo soltó el plátano y miró al suelo,

abochornado. Mi primo, con un movimiento de la muñeca, tronchó al primer intento la parte endurecida de la piel. La punta redondeada de la fruta asomó desde el interior.

—¿Qué difícil, no, Rodrigo? —dijo, con tono prepotente—. Ahora, bájame la piel y ponte a chupar.

Sin responder, mi padre se acodó sobre el muslo de mi primo, sujetó de nuevo el plátano y deslizó la primera tira de piel amarilla hacia abajo, hacia el bóxer. Luego, repitió la operación con las otras tres tiras en las que la cáscara moteada se había cuarteado.

—Usa la boca —ordenó Aarón, al ver el fruto pelado entre sus piernas.

Mi padre dejó escapar un suspiro y acercó, de nuevo, sus labios al plátano pelado.

Dejé de acariciarme bajo los testículos. Me cogí la polla y empecé a pajearme. Si no conseguía

aguantar, me mearía en el suelo del pasillo. Ya pasaría la fregona luego.

O mejor: le ordenaría a Rodrigo que la pasara él.

Eso tendría que ser más tarde, porque ahora estaba ocupado, concentrado en deslizar su lengua por el lateral de la fruta, ya no sobre la piel sino sobre la carnosa pulpa blanquecina. La lamió por un lado, subió la lengua hasta la punta y la bajó por el opuesto.

Aarón cerró las piernas. Yo también pude ver, bajo las arrugas negras de su bóxer, que se le dibujaba el cilindro de su polla junto al muslo. Mi padre, que seguía con sus brazos apoyados sobre ese muslo, no pudo evitar mirarlo.

Después, se metió en la boca la punta del plátano.

Empezó a chupar lentamente, en círculos, como quien chupa el glande de un rabo. Mi primo empezó a gemir.

—Así... —dijo con voz grave—, así..., chúpamela..., pon la lengua sobre los dientes de abajo, eso es... cúbrelos con la lengua..., eso..., así solo tienes que tener cuidado con los de arriba...

Recordé haber visto, hace tiempo, un vídeo en internet: se veía el cuerpo de un hombre, tumbado en una camilla, con su pene erecto. Junto a él, unas manos sujetaban una polla gruesa de látex, con su frenillo y sus venas por el tronco, color carne, muy realista. Las manos estaban pajeando la falsa polla junto a la real, que se mantenía tesa sin que nada ni nadie, en apariencia, la estimulase. A lo largo del vídeo, que no duraba mucho, veías la polla, sola, y las manos pajeando el juguete de látex, subiendo el ritmo, cada vez más y más rápido, más, más, más, más hasta que, en un momento dado, la polla real, sin que nadie la tocara, empezaba a eyacular a chorros, leche a borbotones durante, al menos, doce o quince segundos. Así acababa la cosa.

La primera vez que lo vi, me hice una paja con él. Luego, en frío, pensé que tenía que ser una grabación falsa, un fake.

Ahora, viendo a mi primo, empecé a creer en la idea, la excitante posibilidad, de que el cerebro fuera capaz de generar este tipo de conexiones.

4 AVANCE

El crucero gay, en el que el abu había embarcado en el puerto de Valencia, había zarpado desde Barcelona tres días antes, y tenía previsto llegar al de Nassau once días después.

Cuando David, su nieto, le preguntó a su regreso, le contó con pelos y señales todo lo que había visto durante su estancia, le habló de los chicos que había conocido, detallando a cuántos se había follado.

Del crucero en sí, poco le habló.

—¿Es que no te ha gustado? —le preguntó David.

Descansaban abrazados en la cama, desnudos bajo suaves sábanas blancas. Hacía un rato que habían acabado de follar como a David le gustaba,

con el abuelo encima, atrapado bajo los cien kilos de su cuerpo experimentado. La habitación todavía olía a lefa y sudor.

El abuelo, relajado, miraba su móvil mientras con la otra mano acariciaba el cabello sudoroso de su nieto, que, tumbado de costado, a su lado, pegaba su cara, todavía perlada de sudor, al pecho del hombre que lo acababa de poseer.

—¿Sabes qué pasa, nieto querido? Todas las noches había alguna fiesta; todos los días, todos querían follar con cualquiera. Era todo demasiado frívolo, demasiado banal.

—¿Quieres decir simple?

—Sí, sin sustancia. Como en una fiesta en la que no había nada que celebrar, solo estar de fiesta, no sé si me entiendes.

—Ajam...

El abuelo sintió el suave tacto de los dedos de David acariciando la piel de su tripa.

—Estaba lleno de hombres de mi edad — continuó—, con físicos como el mío. Luego, había un grupo menos numeroso de hombres más jóvenes, de entre treinta a cuarenta. Flacos, velludos, tipo nutria, ¿sabes? O como Rodrigo.

—A ti no te gustan así —dijo David, enredando su dedo en el vello plateado del abuelo.

—Para ti, habría sido el paraíso. Un día te llevo a uno y verás cómo disfrutas, nieto querido.

—Yo solo follaré contigo.

El abuelo observó la cara angelical de su nieto. Aún tenía las mejillas carmesí, por el calor del placer que acababa de hacerle sentir, y el flequillo pegado a la frente. Con sus dedos, le peinó suavemente los mechones de pelo húmedo hacia un lado.

—Pero chicos así como tú, jóvenes, guapos...

David le pasó la mano por la tripa de la misma manera que la gente acaricia a las embarazadas.

—Así de cariñosos, de predispuestos como tú, ni uno —concluyó.

David pensó que debía de haber sido un viaje largo, si no había tenido con quien acostarse en casi dos semanas.

—¿Qué hiciste para no aburrirte?

El abuelo dejó el móvil con la pantalla boca abajo sobre las sábanas arrugadas. Colocando un dedo bajo su barbilla, le levantó el rostro. Sus ojos aún brillaban con el fulgor inconfundible del orgasmo con el que le había hecho estremecerse de gozo en cuerpo y mente. Esas brasas encendían su ego masculino.

Pasó su dedo índice por los labios del muchacho.

—Tampoco perdí el tiempo, no creas. Me las arreglé para que todos los días alguno me la chupara, o me comiera el culo en el camarote. No había ninguno a quien me apeteciera darle, pero iban a ser doce días sin tocar tierra. Quisiera o no,

había demasiado tiempo libre y demasiada testosterona en el ambiente. No disfruté tanto como pensaba, pero no me aburrí.

David se incorporó, quedando apoyado sobre uno de sus codos mientras con la otra mano seguía acariciando la tripa dura de su abu. Entreabrió los labios. Era una llamada para que él le introdujera un dedo.

El abuelo captó el mensaje y le metió el índice. Cuando David lo sintió sobre su lengua, los cerró alrededor del nudillo.

—Hice nuevos amigos, claro —dijo el anciano, haciéndolo rotar en su boca—. Tengo algunos números nuevos en la agenda.

David entrecerró los ojos. Con su mano, sujetó por la muñeca la de su abuelo para detener sus movimientos. Quería ser él quien cabeceara mientras se lo chupaba.

Solo era un dedo, pero chupárselo igual que su

polla reiniciaba en el joven su deseo de sexo.

Para el abu, ver a su chiquillo tan callado, tan aplicado sobre su dedo, tampoco le resultó indiferente. En la sábana, que le cubría de cintura para abajo, comenzó a dibujarse la curva de su pene.

David separó los labios y dejó que el índice, deslizándose entre sus dientes, saliera de su boca empapado en saliva.

—¿Alguno como Rodrigo? —dijo, lamiendo la yema con la punta de la lengua—. Me refiero a igual de sumiso.

El anciano, concentrado en el cosquilleo que le causaba la lengua sobre su rechoncho dedo, se demoró en la respuesta.

De esa misma manera, tan delicada, tan paciente, era como le chupaba la polla. Como se la chupaban entre ellos. El abuelo le había enseñado cómo le gustaba que le practicara el sexo oral, y a su nieto,

esa lentitud sobre su joven glande le hacía desesperar de deseo.

Nunca era el sesenta y nueve. O se aplicaban en dar placer o se concentraban en recibirlo. Nunca las dos cosas a la vez, por deseo expreso del hombre.

—Alguno —respondió, al fin—, pero no tan servicial. A Rodrigo lo tengo bien adiestrado. Por eso no me gusta la promiscuidad. Me hace sentir el maestro de los repetidores.

Concentrado en lamer la punta de su dedo, David respondió:

—Si tú fueras mi maestro, acabaría las clases con el suelo del pupitre perdido de leche.

El hombre sintió una profunda ternura hacia el chico y, al mismo tiempo, que la polla se le endurecía a base de pulsaciones.

David retiró la sábana que les cubría. La tripa desnuda del abuelo quedó a su vista. Grande,

velluda, dura, caliente. Tiró más abajo y destapó el pubis, su sexo erecto, los testículos arrugados y las piernas de rodillas arrugadas. Un cuerpo duro, avejentado, que contrastaba con la perfección casi insultante de su nieto veinteañero.

Al abuelo no le sorprendía comprobar que, tras muy pocos minutos de descanso, de nuevo sentía el deseo sexual energizando su cuerpo. Siempre había sido así. Desde muy joven había follado con pasión, acababa con una abundante corrida y, si se creaba un momento íntimo, su testosterona lo llevaba al punto de ebullición en minutos.

Con más motivo ahora, que tenía a David desnudo en la cama, a su lado, sintiendo la tibieza de su piel, el olor dulzón de sus axilas sudadas, de su ano dilatado.

Le despertaba sus ganas de follar. Eso, a pesar de su edad. Porque no era tonto. Algún día, pensaba, el cuerpo no le respondería. Entonces, su nieto se

cansaría de él, un señor mayor, impotente, a un paso de la decrepitud, y todo acabaría entre ellos.

David, sin embargo, ni pensaba en eso. Tampoco era tonto, era consciente de la situación. A él le gustaba su abuelo, su forma de follarlo mezclando la ternura con la brutalidad animal. Pero también cómo le hablaba, las guarradas que le anunciaba antes de hacérselas, y cómo le tocaba con sus rudas manos por todas partes. También le excitaba su cuerpo, tanto que hasta le hacía temblar. La visión de sus pectorales duros y su abultado abdomen, cubiertos por una capa de pelo blanco que se fundía con el púbico, era una imagen que lo fascinaría ahora y siempre. La asociaba con las oleadas de placer que su abu, su macho, conseguía sacar de su joven próstata y recorrían su cuerpo por dentro hasta manar en chorritos invisibles por cada poro de su piel.

Al retirar la sábana, la polla del abuelo, tiesa,

quedó al descubierto. Sus testículos descansaban, pesados, entre los muslos, dentro de la arrugada bolsa escrotal.

Cuando vio que David le miraba el orgulloso miembro, separó las piernas. David le metió una mano entre los muslos y jugó con sus gónadas recién descargadas.

—Abu —dijo, en voz muy bajita—, háblame otra vez del Caribe.

El anciano volvió a acariciar el cabello de su nieto, a dibujar con sus dedos los caracolillos que aún quedaban húmedos.

—Si ya lo sabes todo.

—Pues cuéntamelo otra vez...

De nuevo, sujetó con cariño la barbilla de su guapo nieto. Observó sus labios rojos, húmedos, el bonito óvalo de sus mejillas sonrosadas, su despeinado cabello ondulado. Su frente ancha, sus ojos... Ay, sus ojos.

Su intento por volver a excitarlo, mezclando el descarado cosquilleo en sus testículos con ese tono íntimo, le gustó. Así, ¿quién podía negarse?

Cómo no te voy a querer, mi querido David, mi hermoso hombrecito, le dijo con la mirada. David, que la entendió, respondió con un besó en la tetilla.

—Como ya sabes, mi nieto querido, el crucero no estuvo mal, pero todo era demasiado manifiesto para mi gusto. Cuando alguien se me acercaba y yo le decía que pasáramos el día juntos, se marchaba. Me decían que no querían perder tiempo. ¡Le hablaban del tiempo a un señor que podría ser su abuelo! Imagínate los inconscientes que me entraban —hizo una pausa antes de continuar—. Después me los cruzaba en la piscina o en la sala de baile, o paseando por cubierta, y ni me saludaban. Si te he visto, no me acuerdo.

»En parte, los entiendo —continuó, acariciándole la mejilla con los nudillos—. La gente

más joven tenéis otra concepción del paso del tiempo, un sentido menos urgente. Yo estoy más cerca del siete que del seis, y no tengo tiempo que perder. Pero, por eso mismo, porque no me queda mucho, ya solo estoy disponible para momentos de calidad.

—Te entiendo, abu —dijo David, que había ahuecado la mano para acoger en la palma la piel dura y arrugada del escroto. Lo manipulaba con un esmero rayano en el respeto.

El abuelo bajó la vista hacia su glande, de cuyo orificio brotó una gota transparente de precum. Le agarró por la muñeca, le hizo abandonar sus testículos y centrarse en el tronco de su polla endurecida.

—El tiempo que pasamos con otras personas debería ser de calidad, siempre —dijo—. No solo cuando somos mayores, sino siempre, porque nunca sabemos cuánto nos queda. Así que los que

venían en plan, eh, señor mayor, venga, a follar, rápido, rápido, rápido, los mandaba a pasear con la misma rapidez.

—Supongo que ellos no lo entendían.

El conato de paja que David había comenzado también le había excitado. Habían acabado de follar un rato antes, y después se habían quedado adormilados, juntos en la cama revuelta. Al abrir los ojos y ver a su semental a su lado, se había sentido feliz. Su cuerpo volvió a sentir el deseo de dejarse mecer por las embestidas de aquel hombre que lo cubría, lo abrazaba por la cabeza y se lo follaba lento, como si buscara poner su cuerpo a vibrar en vez de un orgasmo rápido, intenso pero aislado.

El chico agarró el miembro erecto y lo meneó arriba y abajo. Al abuelo, nada le encendía tanto como ver que su nieto volvía a estar disponible, con ganas, y saber que en pocos minutos estaría

sobre él, entre sus piernas, penetrando su tierno culo.

Con un movimiento ágil, giró sobre sí mismo y se colocó frente a frente con su nieto.

David, sorprendido, le miró con el ceño fruncido.

Fuera, escucharon ruidos. Los típicos sonidos que hacen los cacharros de la cocina al entrechocar. Rodrigo había vuelto de la compra y había empezado a organizarla, distribuyéndola entre los armarios y el frigorífico.

El abuelo no dejó que los ruidos frustraran el momento.

—Me miras de una manera... —susurró, metiéndole una mano entre los muslos.

A David se le encendieron las mejillas.

—Es que no sé cómo te puedo querer tanto, abu... —dijo su nieto, separándolos.

Se besaron despacio, respirando cada uno el hálito del otro. De vez en cuando, David abría los

labios y los separaba de los de su abu. Le gustaba que, entre beso y beso, el abu le penetrara la boca con su lengua gruesa que le hacía pensar en grandes perros San Bernardo.

El abuelo lo sabía y se lo daba. Cuando sentía que separaba los labios, se la metía tan adentro como podía y dejaba que se la chupara. En cuanto la notaba, el chico cerraba los ojos y se entregaba a lamer el grueso músculo bucal.

Mientras tanto, sus dedos seguían enredados en la sensible zona del muchacho que quedaba bajo sus testículos. Había descubierto con gran regocijo que era una zona que lo estremecía. Uno de sus puntos G. No todos los pasivos disfrutaban de igual manera cuando se les estimulaba esa zona prohibida. Al que le gustaba, le gustaba mucho. No había término medio.

Hasta en eso habían tenido suerte. Tenías que ver cómo se retorció el chaval de gusto cuando su

abu deslizaba sus dedos por esa zona de piel sensible y, a la vez, dura, con esa parte interna del pene marcándose bajo el escroto. ¡Y lo dura que se le ponía la polla!

Cuando decidió que era suficiente, el abuelo se retiró, dejando al muchacho desamparado, como un polluelo abandonado. Se levantó y bajó de la cama. Le agarró de los muslos y tiró de él hasta que le dejó en el borde del colchón, con las nalgas por fuera.

David encogió las piernas sobre el pecho y las abrazó por detrás de los muslos. Otra vez quería ser follado por su abu y su infatigable miembro experto. Al pensarlo, no pudo evitar un temblor de emoción.

El abuelo miró el ano rosado del muchacho bajo los testículos atrapados entre sus pálidos muslos.

—Qué hermoso eres, nieto querido.

Se agachó y hundió su cara entre esas blancas

nalgas. Aspiró el olor de su carne, con los ojos cerrados, concentrado en la química que salía de sus células y llegaban a su cerebro convertidas en su íntimo aroma. Luego, para no hacerle esperar, sacó la lengua y le lamió el ano como se lame el helado que gotea en la galleta del cucurucho: despacio, saboreándolo con calma.

El abuelo se separó de su culo para agarrarle de los brazos y que soltara sus piernas. David quedó desnudo sobre el colchón, con las piernas levantadas, abiertas. De su sexo, que había perdido la rigidez, no dejaba de salir líquido transparente.

El abuelo pasó una mano por el pecho del chico, subiendo en dirección al cuello. La piel se estiró, haciendo que los pezones ascendieran unos centímetros sobre los músculos que se marcaban debajo. Varias veces repitió el movimiento. Le gustaba recrearse en las formas de los músculos. Pensaba que, diferenciándolos de la funda de la

piel, es cuando de verdad se apreciaban sus formas reales.

Cuando acabó de jugar con la piel, y los pezones regresaron a su lugar natural, se los pellizcó con los dedos. La polla del muchacho respondió a ese aliciente cabeceando contra el pubis.

El hombre continuó con sus caricias sobre el cuerpo del chico. Bajó las manos y buscó su deleite en el contacto con sus abdominales. El chico elevó los brazos y jadeó, con los ojos cerrados del gusto.

—Ahora, nieto querido, te voy a separar tus patitas —le informó en voz baja—, y voy a volver meterte la polla.

David apretó los párpados y se lamió los labios.

—...vale, abu... —respondió, con otro susurro.

El abuelo le agarró de los tobillos. Abriendo sus brazos, le separó las piernas, formando con ellas una gran uve. En el vértice donde ambas piernas se unían reposaban los carnosos frutos del muchacho,

hinchados de excitación.

—...fóllame, abu...

El abuelo pegó las piernas de David a su tripa y arrimó la punta de la polla a la raja de sus glúteos. Cuando la notó, David sintió un escalofrío recorriendo su columna que le puso la piel de gallina.

—Vuelve a pedírmelo...

Se cogió la polla y la pasó en círculos por el ano de su amante.

—Anda, vuelve a decirlo...

David seguía con los brazos estirados, los ojos cerrados, los labios brillantes. Unas primeras gotas de sudor habían comenzado a perlar su frente inmaculada.

—Vamos, David, dile a tu abuelito la frase completa.

Había alcanzado la erección. No necesitaba que lo dijera para empotrar a su nieto. Sin embargo,

obligarlo a verbalizar el deseo, hacer que lo escuchara en voz propia, era parte importante del juego, del morbo del preámbulo. La excusa para retrasar la penetración y que sus ganas aumentaran.

Finalmente, con una voz un tono más aguda, David dijo:

—...dameporelculo..., ...abu, fóllame..., ... disfrutademiculo...

Para comérselo, pensó. Incluso en ese momento de deseo egocéntrico, cuando le rogaba que empezara ya con las embestidas, no se olvidaba de que él también tenía que gozar.

—Muy bien, nieto querido..., voy a hacerte mío...

—...vale...

Colocadas las piernas del muchacho sobre sus hombros, y con su barriga aplastando la cara posterior de sus muslos, el abuelo bajó las manos hasta los glúteos de David y los separó lo suficiente

como para que la punta chorreosa de su verga apuntara a su ano.

Pero no lo alcanzaba de pleno. Así que flexionó las piernas hasta que sus rodillas tocaron el borde del colchón; donde se apoyó. Entonces sí, su verga quedó a la altura perfecta.

Empujó. La polla presionó las tersas carnes del chico, que dilató y se tragó la seta de su glande.

David gimió de gusto. Seguía con sus piernas levantadas, apoyadas sobre los hombros de su abuelo, soportando el dulce dolor que le provocaba su barra de carne perforando, de nuevo, sus tripas.

Bajó los brazos. Sus manos se aferraron a las sábanas arrugadas de la cama.

—¿Te duele, bebecito?

—...no... —susurró.

—Entonces, ¿puedo empujar ya?

—...sí...

De un solo empellón, el abuelo le metió la verga

hasta la base.

Estos relatos son un avance del ebook.

Los relatos completos puedes descargarlos en:
<https://lektu.com/e/bastian-baltux/3297>